

## ¿A que jugaba en la escuela?

**Sarlé, P.**

Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación-UBA.  
psarle2004@yahoo.com

**Cita:** Sarlé, Patricia. 2015. “¿A que jugaba en la escuela?” en Revista *Lúdicamente, Dossier especial*, Vol. 4, Nº7, Año 2015 mayo, Buenos Aires (ISSN 2250-723x).

*Este texto fue recibido 20 de Febrero de 2015 y aceptado para su publicación 10 de Abril de 2015*

Ser hija única hasta los 10 años y vivir en un departamento en el centro de la Ciudad de Buenos Aires fue complicado. Sin antecedentes en la escuela de hermanos mayores ni vecinos que pudieran enseñar a jugar en los recreos o anticipar problemas... todo resultaba una aventura que de a poco fui conquistando en la medida en que los desconocidos compañeros de clase devinieron en compañeros.

¿Cómo se produjo este pasaje? Ser nombrada por la maestra por hacer bien una tarea, tener un juguete o algo nuevo para compartir, invitar a tomar la leche en casa, el secreteo con la compañera de banco, romper reglas, soplar una respuesta a una pregunta difícil, silenciar para cuidar al otro, dejarse copiar... pequeñas cosas que van tejiendo la vida cotidiana en las escuelas y que –la mayoría de las veces –se viven “subterráneamente” a la rutina de clase. Dado este paso, las tensiones se aflojan y el aula resulta un lugar agradable para convivir.

Tocar la campana que anunciaba el recreo era una prerrogativa de 4º grado. Un repiqueteo y cuatro campanadas anunciaban la posibilidad de salir. El tiempo no permitía muchas cosas. En ese rato había que ir al baño, comprar algo en el kiosco y jugar. Los juegos que recuerdo son los que entran en un bolsillo.

El elástico era el favorito. Ocupaba poco espacio y un rincón alejado de las corridas era suficiente para jugar. Solo se necesitaban tres y el número óptimo era cuatro. Cada recreo aparecía un desafío diferente. Saltar repitiendo las tablas o la poesía que nos tomarían luego; recitar el abecedario hacia adelante o hacia atrás; repasar las cadenas montañosas... cualquier excusa valía para tornar complicado el salto y acompañar el ritmo de cada paso. Hoy nos llamarían “nerds” y actuaba como selección natural para las cuatro jugadoras (compañeras de banco y con rendimiento similar) imprescindibles para jugar.

En poco tiempo, descubrimos que la rapidez en la resolución de las tareas y el no dar problema... abría la puerta del salón y nos permitía salir al solitario patio para seguir jugando. Cuando solo éramos dos las que obteníamos el ansiado permiso, las tizas escondidas en los bolsillos facilitaban el dibujo de rayuelas y se esperaba a los saltos que el resto saliera. Si solo una alcanzaba el permiso, tampoco había problema. Una

recorrida por el patio permitía encontrar rápidamente las piedritas para jugar al “tinenti”. Las jugadoras se iban sumando a medida que del aula se dejaba salir a los que completaban la lección. Y siempre cuatro era el límite.

En el aula, también contábamos con espacios para jugar. Algunos ganados y otros propuestos por la maestra. Fue la novedad de 4º. Cada mañana, el “tutti-frutti” era el modo en que la maestra iniciaba el día. Nombres, frutas, verduras, próceres, calles... partes de la planta, ciudades, preposiciones... desafíos que formaban parte de las columnas que había que completar. El primero de la fila ganaba puntos y entre los nombres de los afortunados se sorteaban los premios del día: borrar el pizarrón, tocar la campana, llevar el registro a dirección... Entre las tareas que se iban proponiendo y en los tiempos de espera, la hoja de Tutti frutti iniciada esa mañana, se continuaba con la pareja de banco.

Si quedaba un rato, la maestra solía proponer otro juego. Las “cartas rusas” escritas entre cuatro cerraban la mañana. Aquí ganaba no solo, los que habían conseguido mayor coherencia en la secuencia escrita sino también, los que más texto habían escrito. Cuando no se lograba leer todas las “cartas” se dejaba para el inicio de la tarde. Concursos de cuentas mentales, cuentos de nunca acabar, plegados y palabras cruzadas alternaban las propuestas que en la semana, la maestra iba proponiendo.

Cuarto grado fue mi último año de hija única. Ese año pasé a ser la hermana mayor y mis juegos se volvieron más maternos en casa y en la escuela. Aprender a cuidar a otro, reír ante las ocurrencias del bebé y hacerlo reír me abrió un mundo desconocido que tuvo impacto en la vida escolar. También fue el año en que nos mudamos y cambié a una escuela de jornada simple en un barrio de la periferia. Veredas, vecinos, primos, hermanos... bicicletas, pelotas, cartas y álbumes de figuritas, mascotas y plantas comenzaron a tener más importancia... y la escuela sólo fue un rato en la mañana que había que pasar para contar con la tarde libre para jugar.